

843



PA 2501

D3

V. 2

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
F. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AGUSTÍN AVRIAL. — Imp. de la Comp. de Impr. y Libr.
San Bernardo, 32. — Teléfono 3.074

EL DOCTOR PASCUAL

VIII

Vino entonces la posesión dichosa, el idilio feliz. Clotilde era la nueva savia que llegaba á Pascual á última hora, al declinar de la vida. Le llevaba el sol y las flores en su traje de amante, y esta juventud se la ofrecía Clotilde, después de treinta años pasados en el estudio, cuando ya el doctor estaba fatigado y desencajado de haber visto el horror de las llagas humanas. Pascual renacía bajo los ojos claros de Clotilde, al soplo de su aliento puro. Quedábale todavía fe en la existencia, en la salud, en la fuerza, en la eterna renovación.

Aquella primer mañana, después de la noche de amor, Clotilde se adelantó á salir de la alcoba á eso de las diez. En medio de la sala de trabajo vió á Martina como clavada

en el suelo, con aire de sorpresa y susto. Por la noche, el doctor, al seguir á la joven, había dejado abierta la puerta de su cuarto, y la criada, que había entrado en él libremente, acababa de ver que la cama no estaba deshecha. Luego, Martina experimentó la sorpresa de oír rumor de voces que salía de la otra habitación. Fué tal su estupor, que se convirtió en estatua.

Y Clotilde, contenta, en una explosión de felicidad, en un raptó de alegría extraordinaria que lo arrollaba todo, se lanzó hacia ella, gritándola:

—Martina, ya no me voy.... El maestro y yo nos hemos casado.

Ante aquel golpe, la anciana criada se tambaleó. Un desgarramiento, un dolor atroz hizo palidecer su pobre rostro gastado, lleno de resignación como el de las monjas, bajo la blancura de su cofia. No dijo palabra, dió media vuelta, bajó la escalera y fué á ocultarse en el fondo de la cocina, con los codos apoyados sobre la mesa de partir carne, donde sollozó, tapándose la cara con ambas manos.

Clotilde, inquieta, desolada, la siguió y trató de hacerla comprender y de consolarla.

—¡Vamos, eres tonta! ¿Pero qué tienes?... El maestro y yo te querremos lo mismo: estarás siempre con nosotros... Porque nos hayamos casado no serás tú desgraciada. Al contrario, la casa estará alegre en adelante, desde la mañana hasta la noche.

Pero Martina sollozaba con más fuerza, sin consuelo.

—Respóndeme al menos. Dime por qué estás incomodada, por qué lloras... ¿No te alegras al saber que el maestro es tan dichoso, tan dichoso?... Voy á llamarle y él te obligará á responder.

A esta amenaza, la vieja se levantó de pronto, se lanzó á su cuarto, cuya puerta daba á la cocina, y empujándola con un gesto furioso, se encerró violentamente. En vano la joven llamó, golpeó, hasta cansarse.

Pascual acabó por bajar, atraído por el estrépito.

—¿Qué pasa?

—¡Esta terca de Martina! Figúrate que se ha puesto á llorar cuando supo nuestra dicha. Se ha encerrado en su cuartucho y no responde.

Martina, en efecto, no daba señales de vida. Pascual la llamó, golpeó á su vez la puerta. Se encolerizó y luego enternecióse.

Uno y otra llamaron de nuevo. Nadie respondía; no salía de la habitación más que un silencio de muerte. El doctor se figuraba aquella pequeña alcoba, de una limpieza maniática, con su cómoda de nogal y su lecho monjil, adornado de blancas cortinas. Sin duda la criada se había arrojado en la cama, donde había dormido sola durante toda su vida de mujer, para morder la almohada y ahogar los sollozos.

—Ea, bueno: ¿y qué?—dijo al fin Clotilde, en el egoísmo de su alegría.—¡Que se enfurruñe si quiere!

Después, cogiendo á Pascual entre sus manos frescas, levantando hacia él su cabeza encantadora, donde ardía aún el deseo de entregarse á él, de ser cosa suya:

—¿Sabes, maestro? Yo seré hoy tu criada.

El la besó en los ojos, emocionado de gratitud, y en seguida Clotilde comenzó á ocuparse del desayuno y á revolver la cocina. Se puso un inmenso delantal blanco, con el cual estaba hermosa, remangándose las mangas que mostraban sus brazos delicados, como si fuese á realizar una gran tarea. Justamente estaban allí ya las chuletas que ella condimentó muy bien, añadiendo huevos y patatas fritas.

Fué un desayuno exquisito, interrumpido mil veces por su celo, por su prisa en correr á buscar pan, agua, un tenedor olvidado. Si el doctor lo hubiera tolerado, ella se hubiese puesto de rodillas para servirle.

¡Ah! ¡Estar solos, no ser más que los dos en aquella casa grande y melancólica, verse lejos del mundo, poseer libertad para reír y amarse en paz!

La tarde la dedicaron á los quehaceres domésticos; barrieron, hicieron la cama. El mismo Pascual quiso ayudarla. Aquello era un juego; se divertieron como dos niños reidores. Y de cuando en cuando, sin embargo, ¡iban á llamar al cuarto de Martinal ¡Vamos, estaba loca; era capaz de dejarse morir de hambre! ¡Se habrá visto terca por el estilo, cuando nadie le había hecho nada! Los golpes resonaban siempre en el oscuro vacío de la habitación. Cayó la noche, y tuvieron que ocuparse de la cena y la comieron apretados el uno contra el otro, en un mismo plato. Antes de acostarse, hicieron el último esfuerzo, amenazaron con tirar la puerta, sin que sus oídos, pegados á ella, percibiesen el menor ruido. Al día siguiente, al despertar, cuando bajaron, se apoderó de ambos sería inquietud al notar que todo se-

gufa lo mismo y la puerta permanecía cerrada herméticamente. Veinticuatro horas hacía que la criada no daba señales de vida.

Luego, al volver á la cocina, de la cual habían salido un momento Clotilde y Pascual, quedaron estupefactos viendo á Martina sentada delante de la mesa, preparando acederas para el almuerzo. Sin ruido, había recobrado su puesto de sirviente.

—¿Pero qué has tenido?—exclamó Clotilde.
—¿Hablarás al fin?

Martina levantó la cara triste, inundada de lágrimas. Había adquirido gran calma, y no se veía en ella más que la vejez resignada y oscura. Con aire de infinita queja, miró á la joven; luego bajó la cabeza sin hablar.

—¿Es que no nos quieres?

Y como Martina siguiese callando, Pascual intervino:

—¿Está V. enfadada con nosotros, mi buena Martina?

Miróle entonces la criada con la adoración de otros tiempos, como si le amase bastante para soportarlo todo y seguir en la casa contra viento y marea. Al fin habló:

—No, no estoy enfadada con nadie... El amo es libre. Todo está bien si él está contento.

Desde entonces comenzó la vida nueva. Los veinticinco años de Clotilde, que había sido niña mucho tiempo, se derramaban en una flor de amor, exquisita y llena. Desde que su corazón había latido, el muchacho inteligente que llevaba en sí, con su cabeza redonda, de cortos cabellos rizados, dejó el puesto á la mujer adorable, á la mujer que ama y es amada. Su gran encanto, á pesar de la ciencia adquirida al azar en sus lecturas, consistía en su sencillez de virgen, como si su esperanza de amor la hubiese hecho reservar el don de su ser, su fusión, para el hombre á quien amaba. Ciertamente, Clotilde se había entregado, no sólo por agradecimiento, sino por admiración, por ternura, dichosa con hacer feliz á Pascual, saboreando la alegría de no ser más que una niña entre sus brazos, una cosa que él adoraba, un bien precioso, que él besaba de rodillas, rindiéndole un culto exaltado. De la devota de otros tiempos conservaba aún la joven el abandono extático entre los brazos de un maestro viejo y todo poderoso, como si advirtiese, por encima de la sensación, el calofrío sagrado de la creyente que había en ella. Pero, sobre todo, la enamorada, tan mujer, tan vehemente, ofrecía el caso delicioso

de ser robusta, alegre, de comer á dos carrillos, llevando en sí algo del valor de su abuelo el militar, llenando la casa con el bulir de sus miembros delicados, de la frescura de su piel, de la gracia excitante de su talle, de su cuello, de todo su cuerpo joven, divinamente fresco.

Y Pascual, en su amor, había vuelto á ser hermoso, con la hermosura serena de hombre que conservaba vigor bajo sus cabellos blancos. No tenía ya el rostro dolorido de los meses de tristeza y de sufrimiento que acababa de pasar; había recobrado su buena cara, sus grandes ojos vivos, llenos aún de niñez, sus rasgos finos, en que sonreía la bondad, mientras sus cabellos blancos, su barba blanca, crecían más espesos, con una abundancia leonina, cuya ola de nieve le rejuvenecía. Se había conservado tanto tiempo, en su vida solitaria de trabajador encarnizado, sin vicios, sin derroches, que encontraba de nuevo su virilidad economizada, renaciente, presurosa de satisfacerse al fin. Le impulsaba un despertar, un fuego de juventud, que estallaba en ademanes, en gritos, en continua exigencia de expansionarse, de vivir. Todo volvía á ser para él nuevo y arrebatador; el menor rincón del vasto ho-

rizonte le maravillaba; una sencilla flor le hundía en un éxtasis de perfumes; una palabra cariñosa y familiar, debilitada por el uso, le arrancaba lágrimas, como invención reciente del corazón que millares de bocas no habían ajado. El "yo te amo," de Clotilde era una caricia infinita, de la cual nadie en el mundo había experimentado el sobrehumano sabor. Y con la salud y la belleza también había vuelto la alegría, una alegría tranquila que en otro tiempo debió á su amor á la vida y que ahora alumbraba su pasión, basándose en las razones que tenía para encontrar la vida mejor que nunca.

Entre los dos, —la juventud en flor, la fuerza madura, —tan sanos, tan alegres, tan dichosos, componían una pareja radiante. Durante más de un mes se encerraron, sin salir de la Souleide ni un día siquiera. El cuarto de Clotilde les bastó al principio; aquella habitación tapizada con indiana, amortiguada y tierna, de color de aurora, con sus muebles imperio, su larga y estirada *chaise longue*, su elevado espejo monumental. No podían mirar sin alegría el reloj, grupo de bronce dorado, en el cual el Amor contemplaba sonriendo al Tiempo dormido. No era

UNIVERSITY OF MONTREAL
BIBLIOTHÈQUE
"ALFONSO"
Año 1885 MONTREAL, QUEBEC

aquella su propia y divina ilusión? Una complicidad afectuosa parecía desprenderse de los menores objetos; de aquellas antiguallas tan dulces, donde otros habían amado antes que ellos, donde la propia Clotilde ostentaba ahora su primavera. Cierta noche, la joven juró que había visto en el espejo una dama muy linda, que se desnudaba, y que no era ella seguramente; luego, invadida de nuevo por su necesidad de quimeras, refirió un ensueño, según el cual ella se aparecería de aquel modo, un siglo más tarde, á otra enamorada de entonces, en una noche feliz. Pascual, arrebatado, adoraba aquella habitación, donde encontraba plenamente á Clotilde, hasta en el aire que respiraba; y allí vivía, sin permanecer en su propio cuarto, negro y helado, de donde se apresuraba á salir estremecido como de una cueva, las pocas veces que tenía que entrar. La habitación que también les complacía á los dos era la sala de trabajo, llena de sus hábitos y de sus afecciones del pasado. Allí permanecían ociosos días enteros. El gran armario de encina tallado dormía, con las puertas cerradas, lo mismo que las bibliotecas. En los estantes, papeles y libros estaban amontonados, sin que nadie los moviera de su sitio.

Como los recién casados, no vivían más que de su pasión única, lejos de su antigua ocupación, fuera de la vida. Las horas les parecían sobrado cortas para saborear el encanto de estar cerca el uno del otro, sentados á veces en el mismo antiguo y ancho sillón, satisfechos de la dulzura del elevado techo, de aquella casa agradable, sin lujo y sin orden, llena de objetos familiares, risueña desde la mañana á la noche por el calor renaciente del sol de Abril. Cuando Pascual sentía remordimientos y hablaba de trabajar, ella le ceñía los brazos con los suyos propios, suaves, y le guardaba para ella, riendo, no queriendo que el exceso de trabajo le pusiese de nuevo enfermo. En la planta baja también era su favorito el comedor, tan alegre, con sus lienzos claros listados de azul, sus muebles de vieja caoba, sus grandes pasteles de flores, su lámpara de cobre siempre reluciente. Comían allí con gran apetito; y después de cada comida no salían más que para volver á su querida soledad.

Cuando la casa les pareció chica, tuvieron el jardín, la Souleíade entera. La primavera avanzaba con el sol; Abril, en sus pos-trimerías, comenzaba á hacer florecer las

rosas. ¡Y qué alegría en aquella finca tan bien cercada de paredes, donde no podía inquietarles nada exterior! Vinieron entonces las horas de olvido en la terraza, enfrente del horizonte inmenso, viendo el curso sombrío del Viorne y las colinas de Santa Marta, desde los planos rocosos de la Seille, hasta las lejanías polvorientas del valle de Plassans. No tenían allí otra sombra que la de los cipreses seculares, plantados en líneas paralelas, semejantes á dos enormes cirios verduzcos, que se divisaban á una distancia de tres leguas. A veces, Clotilde y Pascual bajaban la cuesta por el placer de subir después sus escalones gigantescos, escalando los pequeños muros de piedras secas que sostenían las tierras, mirando si los olivos raquíuticos y si los almendros ruines se desarrollaban. En otras ocasiones, daban paseos deliciosos bajo las finas hojas del pinar inundadas de sol, que exhalaban penetrante perfume de resina; paseos repetidos sin fin á lo largo del muro de cierre, detrás del cual sólo se oía de tarde en tarde el monotonó ruido de un carro, en el estrecho camino de las Fenouillères. Hacían paradas encantadoras en la antigua era, desde donde se veía todo el cielo y donde les gustaba acos-

tarse, recordando tiernamente sus tristezas de otro tiempo, cuando su amor, ignorado de ellos mismos, se querellaba bajo las estrellas. Pero el retiro preferido, en el cual concluían siempre por perderse, era el bosquecillo de plátanos, la sombra espesa, entonces de un color verde fino, semejante á un encaje. Abajo, las masas enormes de boj, los antiguos dibujos del jardín francés, formaban un laberinto donde no se encontraba el fin. Y el hilo de agua de la fuente, la eterna y pura vibración cristalina, les parecía que cantaba en su corazón. Permanecían sentados cerca del pilón musgoso, hasta la hora del crepúsculo, dejándose ganar poco á poco por las tinieblas de los árboles, con las manos unidas, los labios juntos, mientras el agua, que no veían, entonaba sin interrupción sus aflautadas notas.

Hasta mediados de Mayo, Pascual y Clotilde se encerraron así, sin franquear el ámbito de su retiro. Una mañana, viendo que la joven se emperezaba en el lecho, Pascual salió y volvió una hora más tarde; y encontrándola todavía acostada, en aquel lindo desorden, con los brazos y la espalda desnudos, le puso en las orejas dos brillantes, que había ido corriendo á comprar, recordando

que aquel día era el aniversario de su nacimiento. Clotilde, que adoraba las joyas, quedó sorprendida y entusiasmada, y no quiso levantarse; tan bella se encontraba desnuda, con las deslumbradoras estrellas al borde de las mejillas. A partir de aquel momento, no pasó semana sin que Pascual se evadiese una ó dos veces, por la mañana, para traer algún regalo. Los menores pretextos le bastaban: una fiesta, un deseo, una ráfaga de alegría. Aprovechaba las horas de pereza para estar de vuelta antes de que ella se levantase, y él mismo la adornaba en el lecho. La trajo sucesivamente sortijas, brazaletes, un collar, una diadema rica; y sacaba de cada vez todas las alhajas, convirtiendo en un juego la tarea de ponerlas á la joven, en medio de las risas de ambos. Clotilde parecía un ídolo, con la espalda apoyada en la almohada, incorporada en la cama, con una cinta de oro en los cabellos, oro en los brazos desnudos, oro en la desnuda garganta: toda desnuda y divina, brillante de pedrería y oro. Su coquetería de mujer quedaba deliciosamente satisfecha, y dejábase amar de rodillas, comprendiendo perfectamente que el caso era sólo una fórmula exaltada de amor. Sin embargo, co-

menzó á reprenderle algo, á hacerle prudentes advertencias; en suma, eran absurdos aquellos regalos que tenía que guardar en seguida en el fondo de un cajón, sin usarlos jamás, puesto que no iba á ninguna parte. Caían en el olvido, transcurrida la hora de contento y gratitud que proporcionaban con su novedad. Pero Pascual no la escuchaba, arrastrado por verdadera locura de regalar, incapaz de resistir á la necesidad de comprar un objeto cuando tenía la idea de ofrecérselo á Clotilde. Era una liberalidad de corazón, un imperioso deseo de probar á Clotilde que pensaba siempre en ella; un orgullo de hacerla la más espléndida, la más dichosa, la más envidiada; un sentimiento del regalo más profundo aún, que le impulsaba á despojarse, á no guardar nada de su dinero, de su carne, de su vida. Y luego, ¡qué delicia cuando creía proporcionarla un placer, y la veía arrojarse á su cuello ruborizada, pagándole en besos! Después de las alhajas pasó á los vestidos, á los trapos, á los objetos de tocador. La habitación se llenaba; rebosaban los cajones.

Una mañana, Clotilde se incomodó. Pascual la traía una sortija.

—¡Pero si no me las pongo nunca! Y mira,

¡si me las pusiera, me llegarían hasta la punta de los dedos!... Te suplico que seas razonable.

Pascual quedó confuso.

—¿De modo que no acierto á agradarte?

La joven tuvo que cogerle en brazos, jurarle que era feliz, con lágrimas en los ojos. ¡Mostrábase él tan bueno, se sacrificaba tan absolutamente por ella! Y como aquella mañana pretendiese Pascual arreglar la habitación, tapizando las paredes, colocando una alfombra, Clotilde le suplicó de nuevo:

—¡Oh, no, no; por favor!... No toques á mi antiguo cuarto, lleno de recuerdos, donde he crecido, donde nos hemos amado. Me parecería que ya no estábamos en nuestra casa.

También el silencio obstinado de Martina condenaba aquellos gastos exagerados é inútiles. Había adoptado actitud menos familiar, como si después de la nueva situación, hubiese descendido, desde su papel de ama de gobierno amiga, á su antiguo puesto de criada. Había cambiado, sobre todo, respecto á Clotilde, y la trataba como á señora de la casa, menos amada que obedecida. Cuando entraba en la habitación de Clotilde, cuando les servía á los dos en la cama, su rostro tenía expresión de sumisión resignada, siem-

pre en adoración delante de su amo é indiferente á lo demás. Dos ó tres veces, sin embargo, Martina apareció por la mañana con la cara descompuesta, los ojos llenos de lágrimas, sin querer responder directamente á las preguntas, diciendo que aquello no era nada, que había cogido un aire. Y nunca se permitía una observación sobre los regalos que llenaban los cajones. Parecía no verlos; los limpiaba, los ordenaba, sin una palabra de admiración ni de censura; pero todo su ser se sublevaba contra aquella manía de los regalos, que no le cabía en la cabeza. Protestaba á su modo, aumentando su economía, reduciendo el presupuesto de la cocina, conduciéndose de modo tan rígido, que aún encontraba medio de escatimar los gastos más ínfimos. De este modo se ciñó á una tercera parte de la leche acostumbrada, y no sirvió dulce más que los domingos. Pascual y Clotilde, sin atreverse á quejarse, reían en la intimidad de aquella gran avaricia, y repetían las bromas que durante diez años les divertieran, refiriendo que cuando Martina ponía manteca en las legumbres, las hacía saltar en el pasador para recoger por debajo la manteca.

Pero aquel trimestre Martina quiso ren-

dir cuentas. Habitualmente, cobraba en persona todos los meses, en casa del notario Grandguillot, las mil quinientas pesetas, de que disponía á su modo, anotando los gastos en un libro que el doctor no se cuidaba de examinar hacia algunos años. Esta vez, Martina presentó el libro, exigiendo que el doctor lo revisara. Pascual se excusó, pareciéndole todo muy bien.

—Señor—dijo ella—es que ahora he podido ahorrar dinero. Sí, trescientos francos... Aquí están.

Pascual la miraba, estupefacto. De ordinario gastaba toda la suma en el mes. ¿Por qué milagro de economía había podido ahorrar semejante cantidad? El doctor concluyó por reirse.

—¡Ah, mi pobre Martina, por eso hemos comido tantas patatas! Eres una perla de economía; pero trátanos un poco mejor.

Este discreto reproche la hirió tan profundamente, que se atrevió á formular una alusión.

—¡Pardiez, señor! Cuando por un lado se tira tanto dinero por la ventana, bueno es ser prudente por el otro.

Pascual comprendió la alusión sin disgustarse; al contrario, le divirtió la lección.

—¡Ah, ah! ¡Son mis cuentas las que censuras! ¿Pero no sabes, Martina, que yo también tengo economías?

Referíase al dinero que sus enfermos le daban, á veces, y que guardaba en un cajón de su *secreter*. Desde hacía más de seis años ahorraba el doctor anualmente sobre cuatro mil pesetas, lo cual hubiese concluido por formar un pequeño tesoro, de oro y de billetes revueltos, si el no hubiese sacado de allí diariamente, sin contarlas, grandes sumas, para sus experiencias y sus caprichos. Todo el dinero para los regalos salía de aquel cajón, que ahora se abría sin cesar. Por otra parte, el doctor lo creía inagotable; estaba tan habituado á sacar el dinero cuando le hacía falta, que nunca se le ocurría el temor de que se concluyese.

—Es lícito gozar algo de las propias economías—continuó alegremente.—Puesto que eres tú, Martina, quien va á casa del notario, no ignoras que tengo mis rentas aparte.

Ella, con aquella voz sorda de los avaros á quienes atormenta la pesadilla de un desastre siempre próximo, dijo:

—¿Y si no las tuviese V. ya?

Pascual, aturdido, la contempló, y sólo supo contestar con un ademán de incerti-

dumbre, pues la posibilidad de una desgracia no entraba en su espíritu. Pensó que la avaricia había trastornado la cabeza á Martina, y acerca de esto bromeó con Clotilde por la noche.

En Plassans, los regalos fueron objeto de mil habladurías. Lo que ocurría en la Souleide, aquella explosión de amor tan particular, tan ardiente, se había esparcido, había traspasado las paredes, sin saber cómo; por aquella fuerza de expansión que alimenta la curiosidad de los pueblos pequeños, siempre despierta. La criada, es verdad, nada contaba; pero bastaba quizá su aspecto y algunas palabras escapadas sin querer; sin duda habían acechado á los amantes por encima de los muros. La compra de los regalos había venido á probarlo todo, á agravar las sospechas. Cuando el doctor, muy de mañana, iba por las calles, entraba en las joyerías, en las tiendas de ropas, en casa de las modistas, en cada ventana asomaba un par de ojos espionando las menores compras, de modo que el pueblo entero sabía por la noche que el doctor había regalado á Clotilde una capota de seda, camisas guarnecidas de encaje, un brazalete adornado de zafiros. Y todo ello pro-

movía escándalo: aquel tío que derrochaba por su sobrina, que hacía por ella las locuras de un joven, y que la adornaba como á una Virgen. Comenzaban á circular las historias más extraordinarias; al pasar, se señalaba con el dedo á la Souleide.

La señora de Rougon fué, especialmente, quien sintió una indignación exasperada. Había dejado de ir á casa de su hijo desde que supo que se había roto el matrimonio de Clotilde y del doctor Ramond: se burlaban de ella; no accedían á ninguno de sus deseos. Luego, después de un mes de ruptura, durante el cual no había comprendido nada de los gestos de lástima, de los pésames discretos, de las sonrisas vagas con que la acogían en todas partes, acabó por saberlo todo de pronto, como si la diesen un golpe de maza en el cráneo. ¡Y ella, durante la enfermedad de Pascual, en aquel período de aislamiento misántropo que se alimenta de orgullo y de miedo, había luchado para evitar la murmuración del poblacho! Lo que ahora sucedía era peor; ¡el colmo del escándalo, una aventura alegre que daría mucho que hablar! La leyenda de los Rougon estaba nuevamente en peligro; su desdichado hijo (era cosa vista) no sabía qué inventar para

destruir la gloria de la familia tan penosamente conquistada. En la emoción de su cólera, ella, que se había constituido guardiana de aquella gloria, resolvió purificar la leyenda por todos los medios. Se puso el sombrero, y corrió á la Souleiade, con la vivacidad juvenil de sus ochenta años. Eran las diez de la mañana.

Pascual, á quien encantaba la ruptura con su madre, no estaba en la casa felizmente: había salido hacia una hora, en busca de un broche antiguo de plata que le parecía pintiparado para un cinturón. Doña Felicidad cayó sobre Clotilde cuando ésta terminaba su tocado, y estaba aún en chambrá, con los brazos desnudos, los cabellos sueltos, con una alegría y una frescura de rosa.

El primer choque fué rudo. La anciana dama abrió su corazón; se indignó, habló con arrobamiento de la religión y la moral. Por fin, terminó así:

—Responde, ¿cómo habéis hecho esa cosa tan horrible, que es un reto á Dios y á los hombres?

La joven había escuchado sonriente, pero muy respetuosa por otra parte.

—Pues porque hemos querido, abuela,

¿No somos libres? No tenemos deberes para con nadie.

—¡Qué no los teneis! ¿Y conmigo y con la familia? ¡Ya verás cómo nos arrastran nuevamente por el lodo! ¡Si creerás que esto me hace gracia!

De pronto se calmó su arrebató. Miraba á Clotilde, y la encontraba adorable. En el fondo, lo sucedido no le sorprendía, se reía de ello; pero deseaba que terminase de un modo correcto, para acallar la malas lenguas. En tono conciliador exclamó:

—Casaos, pues. ¿Por qué no os casáis?

Clotilde quedó un instante sorprendida. Ni ella ni el doctor habían pensado en esto del matrimonio.

Volvió á sonreír.

—¿Seremos más dichosos con eso?

—No se trata de vosotros: se trata de mí, de toda la familia... ¿Cómo puedes, niñita del corazón, mofarte de las cosas sagradas? ¿Has perdido la vergüenza?

La joven, sin exaltarse, siempre con dulzura, hizo un gesto como para decir que no podía sentir vergüenza por su falta. ¡Ah, Dios mío! Cuando en la vida había tanta corrupción y tanta debilidad, ¿qué mal hacían ellos, bajo el cielo esplendente al proporcio-